

**DISCURSO DE CONTESTACION
DEL
ILMO. SR. D. CARLOS VALCARCEL MAVOR**



Iltmos. Señores, Señoras y Señores:

No, por obligado, deja de ser un derecho —irrenunciable a la vez— este de expresar, con toda sinceridad y justicia, mi agradecimiento al nuevo académico de esta ilustre y docta Corporación, don Antonio Segado del Olmo, por la preciosa distinción que me hace, al designarme para que sea yo el que conteste a su bello y construido discurso de ingreso, que todos ustedes acaban de escuchar y aplaudir.

Parece necesario, pues, una vez expresada mi gratitud, que yo diga unas cosas, muchas cosas, de lo que es Antonio Segado del Olmo y del porqué se halla ahora sentado entre nosotros.

Las voy a decir, naturalmente. Pero antes de ocuparme de la personalidad literaria y profesional del nuevo miembro de la Academia, de su obra y su tarea, ilusionada en el esfuerzo, digna y noble en la realidad alcanzada, quiero hacer referencia, aunque sólo sea de pasada, de un modo breve y conciso, a su discurso, al que respondo en nombre de mis compañeros de la Institución.

Ha querido —y conseguido— el nuevo miembro de la misma ofrecer una amplia versión de lo que es el murciano, visto desde dentro y desde fuera, sentido por uno mismo, en este caso por la amorosa visión que, de Murcia y todo lo que a ella pertenece, tiene Antonio Segado del Olmo, pero visto, también, desde esa otra perspectiva, desde la cual puede llegarse a conclusiones falsas en su totalidad, exageradas, en no pocos casos, y, en alguno que otro, que todo hay que decirlo, poniendo el dedo en la llaga.

Esto, señores, es lo que, a escala nacional, ha venido sucediendo —y continúa aún— con las leyendas tejidas en torno a España, leyendas



negras, versiones a media luz, faltas de veracidad o ayunas de un contenido serio y riguroso. Son las acusaciones que se nos imputan desde hace siglos y que hacen estallar en justa indignación a José Vicente Mateo y provocan el desprecio y la más fría indiferencia en Quevedo, por no citar más ejemplos.

Porque, es cierto, todo país, toda comarca, yo diría que todo pueblo y hasta aldea, tienen sus panegiristas y sus detractores, sus paladines y sus maledicentes, sus abogados defensores y sus fiscales, esto último en el caso, lógicamente, de que, los que tal función se atribuyen, partan de hechos o síntomas capaces de sostener, aunque sólo sea por los pelos, un argumento condenatorio sobre ciertos defectos o disimuladas ausencias de una virtud determinada, que no de todas sin excepción.

Es tan antiguo este deseo o propósito de definir a los países y a los pueblos, desde dentro, usando y abusando de sus virtudes, muchas de las cuales se agigantan, se contemplan y se aprecian a través del microscopio, o desde fuera, pero haciéndolo al revés, usando y abusando de los vicios y defectos, mirando y hasta consiguiendo ver aquellos abultados y multiplicados por un elevado multiplicador; es tan antiguo este deseo, decía, que ya los egipcios, entre otros pueblos, trataron de expresar los rasgos y características físicas y morales del suyo y los circundantes, esto último más difícil, a través de pensadores, escritores y, lo que es más sorprendente, de pintores y escultores.

Hubo de llegar la XVIII Dinastía, con su Faraón Amenofis IV, a Akhenatón para devolver este concepto, esta supervaloración de lo propio, a la realidad, por cruda que ésta fuese, como en el caso de los retratos de la real familia, que ofrece los más acusados rasgos de la depravación física, como consecuencia de los constantes entronques entre propios hermanos. Las cabezas hiperdolicocéfalas de los hijos de Amenofis y Nofrit, su esposa, así lo confirman.

Es tan antiguo este propósito, repito, que Herodoto, llamado padre de la historia, ya hizo su diagnosis sobre muchos pueblos de su tiempo y muchas civilizaciones de su mundo.

Sin llegar a lo anecdótico de Nicolás Chauvin, soldado de Napoleón, cuyo entusiasmo cerril por las cosas de su amada Francia le llevó a negar toda posible virtud y toda menguada excelencia en los restantes países del Universo, de tal modo que hoy, como consecuencia de estas apreciaciones, se denomina chauvinismo a toda exaltación desmesurada y disparatada de los propios valores, con detrimento y total menosprecio de los ajenos.



Sin llegar a esta actitud, aldeana y hasta montaraz, son muchos los autores que dedican parte importante de su producción a dejar en el peor lugar a los países ajenos al suyo, unas veces por indicios ligeramente conocidos y más livianamente manejados, otras por torcidas interpretaciones y, no pocas, por una perversa intención, capaz de engendrar fobias y odios más o menos profundos.

A tales menesteres, por lo general, se dedican, con escasas y no quiero decir honrosas excepciones, autores mediocres, medianos en la creación literaria e histórica. Son los autores menos prodigados, a la hora de la gran verdad, esa que representa su inclusión en la nómina de valores reconocidos mundialmente, más allá de los límites en que, aquellos, desarrollan su habitual tarea.

Puedo citar varios casos. Me conformo con uno, que sirve de muestra. En la corte de Carlos IX y Enrique III de Francia, floreció, por decirlo de alguna manera, un escritor, fraile, guerrero y dado a toda clase de aventuras. Combatió contra la Reforma, aunque, el mismo lo confesaba, se hallaba más de acuerdo con ella que con la propia Iglesia Católica, en cuyo seno militaba. Viajero incansable, aprovechó su innegable cultura para escribir y publicar varios libros, entre los que cito «Vida de las damas galantes y de las damas ilustres», en el cual se permitió verter acusaciones graves contra el honor de las españolas. Se llamaba, este difamador de honras ajenas, Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme.

Hemos de reconocer, sin embargo, que son más los que dedican menos tiempo y espacio a negar valores ajenos que a proclamar los propios; son muchos, los escritores y artistas de las plásticas, que emplean la casi totalidad de su producción en realizar esta labor de cantar las excelencias de lo suyo, de lo de todos cuantos le rodean, a los que conoce y ama, pronunciando, en voz alta y con palabra sonora y diáfana o con el bello lenguaje de la forma y el color, los valores de su país, de sus gentes y de sus cosas. Estamos, de todos modos, ante unos inevitables «ismos», aunque estos últimos sean de mejor cuño.

Hacer una relación de unos y otros, de detractores y panegiristas, sería cambiar los papeles, es decir, tratar de enmendar la plana a nuestro nuevo académico. Nada más lejos de mí. Por el contrario, mi deseo es abundar en su teoría y llevarle, un poco, el consuelo de que no es Murcia, solamente, la que padece los efectos negativos de estos franco-tiradores contra famas ajenas, que las suyas no entran en el juego.



Es, pues, una vieja, una ancestral costumbre la de definirse y definir a los demás aplicando, en la inmensa mayoría de los casos, diferentes medidas para lo nuestro que para lo extraño.

Aunque para Voltaire, el amor a su patria significa el odio a la de los demás, afirmación un tanto inflacionaria, en los albores del siglo XVII, el fraile Benito de Peñalosa, en un libro sobre las venturas —que no desventuras— del pueblo hispano, libro que comenta Julio Caro Baroja, en una interesantísima conferencia publicada en «El Folklore Español», editado en 1968 por el Instituto Español de Antropología Aplicada, dice, entre otras muchas cosas, que el nombre de nuestra patria está relacionado con el dios Pan y significa todo, con lo que viene a coincidir —añade Caro Baroja— con el conocido refrán de que «quien dice España, dice todo». Pero el padre Peñalosa, en sus excelencias hispanas, no quita ni pone honra a los demás países ni a sus gentes.

A veces, la generosidad y la ironía presiden estas definiciones, estos afectos y estos cánticos de alabanza. Azorín, levantino, alicantino por más señas, mostraba su inclinación por los pueblos de Castilla y la Mancha. A. Machado, andaluz, sevillano, por la de Soria, ciudad que contaba con sus más emocionantes recuerdos. En fin, Marquina, catalán, proclamó su insaciable curiosidad por Castilla, sus gestas y romances, como bien lo prueba su poema «Las hijas del Cid». Ninguno de ellos renunció, jamás, a su tierra de nacimiento.

Hasta aquí la generosidad; la ironía viene de manos de Benito Mussolini, quien dijo que no era difícil gobernar a los italianos, pero sí inútil. Cánovas del Castillo, cuando se discutía, en el Congreso de los Diputados, la redacción del artículo de la Constitución que había de definir quienes eran españoles, dijo: Son españoles los que no pueden ser otra cosa. Miguel Primo de Rivera, andaluz, jerezano de alcornica, decía que las comisiones de trabajo, para que funcionasen bien, deben estar compuestas por un presidente y dos vocales, estos últimos andaluces, pues así, el presidente hará lo que crea conveniente, contando, de antemano, con la casi segura ausencia de los dos vocales. En fin, un político de Murcia, cuando le comentaban los éxitos y triunfos, en política, de los murcianos residentes en Madrid decía: y eso que sólo enviamos a los tontos. Es una forma irónica de señalar unos defectos, pero nada más.

Antonio Segado del Olmo, en su discurso que voy a terminar de contestar, adopta una actitud crítica, noblemente crítica, aunque naturalmente se descubre su nada disimulada afección a Murcia y a lo que a ésta acompaña y pertenece. El sí ha puesto el dedo en la llaga; sí ha dicho, encendidamente, lo que para él es Murcia y los murcianos, lo



que son, fueron y van a ser, intuido quizás por su fina sensibilidad y no menos fina fantasía de novelista nato; lo que van a ser, sí, en ese futuro esperanzador que ya se toca con la yema de los dedos.

Y voy a decir algo de la personalidad literaria de Antonio Segado. Miles de artículos, en cifra incontable, han sido leídos desde Radio Nacional de España, en donde presta sus servicios de redactor literario desde hace muchos años, a dos trabajos, como mínimo, por día. Centenares de artículos, le han sido publicados en la prensa local y nacional, en revistas y en publicaciones especializadas en las letras.

Es crítico literario, de las asociaciones nacional e internacional, respectivamente. Ha sido jurado, numerosas veces, en tribunales designados para juzgar concursos de ámbito nacional.

Cuenta con los premios «Andrés Baquero», de la Diputación Provincial de Murcia, y el Nacional de Cuentos «Gabriel Miró». Ha sido finalista en varias ocasiones. Tiene publicadas las siguientes novelas: «El Palmeral», con el que consiguió el citado Premio «Andrés Baquero», novela que me cupo el honor de prologar; de ambiente murciano, más bien de ambiente rural, con la huerta como escenario. «Trópico de ausencia», en el que narra sus vivencias en el, a la sazón, Sahara español; «La ruptura», escrita en colaboración con el desaparecido y llorado escritor Carmelo Martínez Lozano. «Ceremonial de ahogados», que, como «El día que llegó el mar», tiene por marco la ciudad de Murcia, con descripción de calles, tipos, costumbres, fiestas y modos de vida de la capital, pero en la segunda de estas dos, la ciudad que describe es la de los años inmediatos al final de la contienda civil.

También ha escrito y publicado los libros «Siete pintores con Murcia al fondo», «Fortuna, corazón del sol» y «El mundo de la radio y la televisión», en que narra secretos y rincones de estos dos poderosos medios de expresión de nuestro tiempo.

Todas estas cosas, y muchas más, ha hecho y es Antonio Segado del Olmo, al que hoy damos entrada en esta Academia Alfonso X el Sabio, al que yo doy mi más cordial enhorabuena, de todo corazón, en nombre propio y de mis compañeros de Corporación y, al que de un modo simbólico, ahora, pero personalmente dentro de unos instantes doy un fuerte y emocionado abrazo.

A Vds. señoras y señores, gracias por haberme escuchado con atención que no merezco. Gracias, muchas gracias.

